

Juventudes de fin de siglo: el mandato de Próspero cien años después

María Cristina Dalmagro*

“Los sueños y esperanzas del siglo que termina han sido simplemente eso, sueños y esperanzas. Sueños y esperanzas para los que no se ha sabido dar instrumentos ni rutas de realización... esta es la hora en que la “caravana de la decadencia” se detiene, angustiada y fatigada en la confusa profundidad del horizonte”.

(Rodó, *El que vendrá*, 1897)¹

Quien no repare en la fecha del texto precedente, aseguraría que el pensamiento que allí se enuncia se corresponde con la coyuntura histórico-cultural de fines del siglo XX. Los augurios de decadencia, temor por el futuro, incertidumbre y promesas no cumplidas o sueños no realizados inundan nuestra vida intelectual y cotidiana. Se instalan en lo público y en lo privado y afincan sobre todo en la “tierra fértil” que, según el imaginario, debería ser la juventud.

Ha pasado más de un siglo desde que se pronunciaron estas palabras, tres años antes de la publicación del *Ariel* de Rodó², al que nos dedicaremos en este estudio. La idea se sostiene y se expande en este texto. El recorte que proponemos no se focaliza tanto en la actualidad de su pensamiento (analizado ya en varios textos críticos publicados), sino la **persistencia del diagnóstico que realiza de los “males” del fin de siglo y su contrastación con la actualidad**. Nos detendremos escasamente a repasar el concepto de democracia, las relaciones con los Estados Unidos (uno de los núcleos temáticos al cual más páginas ha dedicado la crítica), el americanismo o las discusiones en torno a los símbolos de Ariel y de Calibán en sus tránsitos por las distintas interpretaciones y que suponen, presuponen o constatan expectativas, predicciones o programas a partir de una determinada lectura de los acontecimientos que es lo que nos presenta Rodó en su *Ariel*.

Estos temas ya han sido muy estudiados en textos de distinta profundidad y perspectiva —aunque, no podemos dejar de afirmar que son dignos también de ser revisados desde otras ópticas teóricas o metodológicas—. Nuestra mirada se afincan más en un análisis del discurso acotado y que pretende, desde ese lugar, y desde un otro fin de siglo, revisar el mensaje de Próspero a la juventud a la luz de los rasgos de la sensibilidad actual.

* Universidad Nacional de Córdoba – Argentina

(Trabajo de Investigación realizado para la Biblioteca Nacional de Montevideo, Instituto de Investigaciones Literarias)

Tomamos como punto de partida la metáfora de la siembra, que, con todas sus derivaciones semánticas, ha recorrido desde siempre los discursos dirigidos a los jóvenes. Baste recordar los actos de egreso y sus consabidas despedidas. No escapa el discurso de Próspero a estas generales de la ley y se asimila en ese estilo al evangélico: sembrar en tierra “generosa” será garantía de una eficaz cosecha. Dice Próspero: “Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación”(p.19).

Nos preguntamos, hoy: ¿Cuál ha sido el resultado de la siembra? ¿Qué grado de incidencia ha tenido el discurso de Próspero a la juventud de América? ¿Qué construcción de juventud realiza Rodó en su *Ariel* y cuáles son los puntos de contacto posibles con la actual?

Sostenemos que el diagnóstico de la situación y parte del contenido del mensaje mantiene su vigencia hasta nuestros días; no así la retórica, las estrategias discursivas y las formas de enunciación. Nuestro análisis intentará dar cuenta de los cambios y las persistencias.

Autoridad y hacer persuasivo en el discurso de Próspero

Si tomamos como punto de partida la escena inicial del texto, con marcados rasgos teatrales, aparece como obvio el lugar desde el cual enuncia Próspero: la autoridad, el “maestro”: “firme voz —voz magistral—...”(p.18)³. Es el que posee el saber y el acceso a la palabra. En ningún momento se plantea la posibilidad de un diálogo. No tiene interlocutores, sólo destinatarios oyentes carentes de participación. Esto está enunciado explícitamente cuando afirma que lo que intenta es proponer un “programa” para la juventud del momento y define su hablar como una “oratoria sagrada”(p.18). Próspero se erige en un sujeto que conoce, valora y que posee un saber competente que desea transmitir. La misma invocación a Ariel como genio que preside simbólicamente ese acto contribuye a crear el clima propicio para proclamar ideas que tienen como objetivo persuadir a los receptores. Manifiesta la convicción del “hacer” de la palabra, de la capacidad perlocutiva que esta tiene para generar cambios. En este caso, en el espíritu juvenil. Lo afirma Rodó también en una carta, refiriéndose a su *Ariel*:

“...es como verá, algo parecido a un manifiesto dirigido a la juventud de nuestra América sobre ideas morales y sociológicas. ...yo quisiera que este trabajo mío fuera el punto inicial de una propaganda que cundiera entre los intelectuales de América. Defiendo ahí todo lo que debe sernos querido como latino-americanos y como intelectuales” (XXI) (El subrayado es nuestro)

Si exploramos, aunque sea sucintamente, el discurso de Próspero, podremos conocer cómo construye la idea de juventud, de qué manera la relaciona con la juventud de “Nuestra América”, cómo percibe al mundo que la rodea, cuál es su mandato, cómo lo enuncia y a quién se dirige.

Este último aspecto es nuestro punto de partida. El destinatario del discurso es doble: por una parte, los receptores empíricos, primarios o directos, los discípulos que egresan a quienes explícitamente se les dirige el mensaje; por otra parte, un destinatario ideal, generalizado e indirecto, más abstracto: “a la juventud de América”, tal como enuncia la dedicatoria que abre

el texto, el pueblo joven de América a quien es posible transferir, en una operación de analogía, fundamentada profusamente por el análisis textual, no solo los atributos que se le otorgan a la juventud sino también el mandato de Próspero.

En este sentido, Rodó construye una imagen de juventud a la cual desde el primer momento asocia con la de los pueblos. Afirma, en un enunciado que evidencia lo antedicho: "No es ése el noble significado de la juventud individual, ni es tampoco el de la juventud de los pueblos". (p.28) Este procedimiento analógico se sostendrá a lo largo de todo el texto. También la compara con el proceso evolutivo de las sociedades, y en particular con Grecia, por su alegría, entusiasmo e inquietud. De allí nace el pensamiento libre y la curiosidad, sus rasgos privilegiados; en otros momentos alude a la América que está en proceso de conformación, dentro de los "pueblos que aún forjan y modelan su entidad nacional" (p.80), con una mirada que se proyecta hacia el futuro y se afina en el "deber ser".

Si observamos los atributos que Rodó le otorga en el *Ariel*, veremos que pocos de ellos pueden compatibilizarse con los que caracterizarían a la juventud en nuestros días. Hay un discurso idealista que ya ha perimido; hay una retórica plagada de términos que ya se han vaciado de significado (se habla de "prendas del espíritu joven" (p.29), por ejemplo).

En este contexto semántico, la juventud es, para Próspero, no sólo energía, movimiento, futuro, entusiasmo, esperanza, sino también: "luz", "amor", "dádiva de la naturaleza". Se la asimila también a la idea cristiana de "cultivo" y se habla de "juventud de alma, o, lo que es lo mismo, de un vivo sueño, de gracia, de candor..." (p.24). Se establece una analogía con el magisterio de Jesús y con el triunfo de su mensaje, que se hizo eco en la "juventud interior" y en la "fuerza bendita..." (p.25).

Se construye una idea que no atiende sólo a los rasgos de la edad sino a un "estado de alma" (p.26). Se hace referencia a "virtudes", término que hoy ha quedado relegado al campo estrictamente religioso, reemplazado por el de "valores", del campo de la ética. Es que el mundo de los valores ya no se corresponde exclusivamente con lo religioso en este siglo. En general, la línea semántica seleccionada se corresponde con un idealismo totalizador, con una armonía de contrarios, con una orientación moral y espiritual que hoy ha perdido significado. Considera que a la juventud le toca: "la iniciativa audaz" y la "genialidad innovadora" (p.31) que debe afincar su fuerza en el "heroísmo", los "ideales", el "misterio". Cuando se llama a la acción, siempre se relaciona este término con otros de significación más ambigua y subjetiva: "espíritu", "heroísmo" y "moral". La fe en la conquista del futuro a partir de la perseverancia, de la racionalidad y la confianza en el ideal presiden el mandato de Próspero, sin descuidar el hacer. Así, enuncia:

Al conquistar los vuestros [ideales], debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza... (p.20)

Carlos Real de Azúa, en su prólogo a la edición de la Biblioteca Ayacucho del *Ariel*, da cuenta de la paradoja que caracteriza el pensamiento arielista: "Mírense las postulaciones básicas del Ariel: activa, enérgica incidencia en lo real pero también contemplación morosa; apetencias dinamizadoras del hacer humano, pero también desinterés e idealidad..." (1976, XIX). Tesoro, don natural y a la vez triunfo de la voluntad y la energía. Ocio creador y a la vez acción.

En lo que respecta a los destinatarios primarios, podemos inferir que el tipo de juventud que se construye en el discurso de Próspero es el de un grupo social culto, con acceso a la educación superior.⁴ Por eso tiene coherencia en su programa la postulación de Grecia como el modelo, la educación por la estética, la importancia de lo bello en el logro de la armonía que conducirá al progreso. La selección del más capacitado es una condición sine qua non para que la democracia funcione, según las ideas de Próspero y para que el ser humano demuestre toda su "humanidad". En ningún momento se alude a una juventud marginal, a los excluidos de las posibilidades educativas y laborales. Su proyecto es para la "ciudad letrada" (Rama, 1994) y esto se hace evidente si contextualizamos el discurso de Próspero en el Montevideo del 900 y en los cenáculos literarios, contactos periodísticos o intelectuales en donde participaba activamente Rodó.

Su programa educativo también es explícito. Se trata de educar para lograr el dominio de las "verdaderas superioridades humanas" (p.63), de la "superioridad de los mejores" y de la "distinción de calidad para garantizar el progreso" (p.74). En su sección dedicada al comentario del concepto de democracia en Renan, queda bien en claro a qué juventud dirige su mensaje: a quienes tendrán en sus manos la capacidad de ser los mejores, los seleccionados. Son ellos los que deben ser persuadidos a mantener firme su fe en el progreso, su esperanza y trabajar en el logro de sus ideales en una armonía entre lo racional y lo estético. La construcción del destino de los pueblos jóvenes como ellos, está en sus manos y entre esos pueblos en "proceso de formación", como ya enunciamos, ubica a nuestra América (de allí la posibilidad de continuar sosteniendo la analogía que postulamos). Confía para eso en la educación:

...sólo cabe pensar en la educación de la democracia y su reforma. Cabe pensar en que progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano. (p.70)

El programa de Rodó es evidente. El discurso de Próspero pone de manifiesto, a modo de abanico desplegado, cómo se concibe al mundo y a la sociedad, qué ideas defiende, postula y transmite en su mensaje. El principio de autoridad siempre está presente a través de la modalización y del uso reiterado de verbos en Modo Imperativo. Es un discurso deóntico⁵, del deber ser y del deber hacer. De las generalizaciones y de las subjetividades. De lo apodíctico. Enuncia Próspero:

El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, donde quiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad... (p.73)

Sus discípulos son esa juventud de intelectuales destinada a destacarse, a alcanzar la perfectibilidad y a sobresalir jerárquicamente como los más aptos, si asimilan su propuesta, de gran fuerza perlocutiva. Intenta convencer, que la semilla caiga en tierra fértil y produzca el resultado esperado. El final del *Ariel* corrobora esta interpretación: "Al amparo de un recogimiento

unánime se verificaba en el espíritu de todos ese fino destilar de la meditación, absorta en cosas graves...” (p.123).

O bien, en el momento de la despedida final, ya fuera del escenario y sin la presión del discurso de Próspero, uno de sus discípulos, en el acto único de enunciación a cargo de alguno de ellos, dice:

- Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de una mano de sembrador”. (p.124)

Si tomamos en cuenta las palabras más reiteradas a lo largo del texto, podemos comprobar que estas corresponden a la misma línea semántica que privilegia la calidad, el cultivo de las virtudes, de la belleza por sobre los intereses y las necesidades materiales e inmediatas. Los términos que se reiteran con más frecuencia son: “moral”, “alma”, “espíritu”, “bello”, “noble”, “fe”. No se puede constatar una definición de algunos de esos términos en el texto; es más, se utilizan con diversos significados, lo que les otorga un valor de subjetividad, generalización y relatividad.⁶ Lo mismo sucede con otros términos, todos en la misma línea semántica de lo valorativo eufórico: “altas culturas”, “elevado”, “selección”. Todo habla de un predominio cuantitativo de lo cualitativo, que es, por otra parte, lo privilegiado y defendido por Rodó en todo el texto.

Interesa detenernos especialmente en el uso de dos palabras con una fuerte carga discriminatoria (y no se trata acá del concepto del inmigrante y de la multitud popular).⁷ Se trata de los adjetivos “viril” y “varonil”, usados como sinónimos en distintas ocasiones y no pocas por cierto. Esto deja explícito que el destinatario de su mensaje es exclusivamente masculino. En ningún momento de su libro se percibe una mención a la figura de la mujer como integrante de esa juventud que también participaría con su trabajo y con su inteligencia en la construcción de la sociedad y del pueblo americano que se pretende en el programa arielino. Está excluida. Las expresiones aludidas son: “esfuerzo viril” (p.22); “anhelo varonil” (p.29); “acción viril” (p.36); “temple varonil” (p.55); “actividad viril” (p.89); “energía viril” (p.102; p.106), entre otras. Generalmente están aplicados a actos concretos y asociados con el campo semántico de otra palabra también muy reiterada en distintas variantes morfológicas: “héroe”, “heroísmo”; “heroico”.

No es difícil, por lo tanto, advertir las características del discurso de Próspero, cargado de marcas ideológicas que se transmiten junto con el mensaje. ¿O será que la naturaleza ha sido pródiga solamente con los varones? ¿Acaso la energía, la luz, la fe en el futuro, es decir, las posibilidades de construir a través de la democracia, la educación, el cultivo de la armonía entre razón y espíritu, la belleza, el ocio creador, sólo es posible para el sexo masculino? Es cierto que esta utilización del lenguaje es propia de la hegemonía del discurso masculino en ese momento histórico-cultural. Escasas son las mujeres que tenían acceso a la palabra pública en el 900. Pero, aun dentro de un contexto favorable, la posición de indiferencia hacia la participación y el reconocimiento de un “otro” plural formado por masculino/femenino es muy marcada.

Con el correr del siglo...

Cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad" (*Ariel*)

Este modo de diseñar y pensar a la juventud no es otro que el que caracteriza a épocas en que la complejidad y la velocidad de las transformaciones genera tensiones y necesidad de adaptación. Responde a una sensibilidad, a una atmósfera más o menos generalizada. Próspero ve todas esas características que atribuye a sus discípulos condensadas en América, como locus joven, con fuerza, entusiasmo, esperanza y potencialidad de progreso. En sus planteos se acerca a problemáticas que conciernen al pueblo americano (instalación y tipología de la democracia, por una parte y progresiva presencia de los Estados Unidos en nuestro continente, por otra), se acerca también a otros pensadores latinoamericanos del momento. Real de Azúa, —tras repasar las críticas de distinta naturaleza que han recorrido las publicaciones en torno a *Ariel*, el arielismo y sus relaciones— afirma que Rodó se sitúa en la "línea fundacional que nunca la inteligencia latinoamericana, sustancialmente, ha renegado... Con que Rodó se inscriba con Martí, con Darío, con Ugarte, con Vasconcelos en ese linaje que va de Bolívar hasta Fidel, ya tendría bastante la lección de Próspero para poder rescatarse." ("Prólogo", XXVI)

En este punto se vuelve pertinente detenerse a considerar cuál es la idea de América Latina que se enuncia y se defiende en el texto. A esa idea de América se corresponde el mandato de Próspero en relación con la imperiosa necesidad del hacer y del pensar de los jóvenes. Es la América soñada, la "cosmopolita", la que mantiene a la vez fidelidad al pasado y esperanza en el progreso y en el porvenir. Sus jóvenes son depositarios de una visión de una América latina soñada por los adultos, a la que deben hacer realidad. Dice Próspero:

¿No la veréis vosotros, la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu... pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, [...] el pensamiento inquieto que despierta?... (p.114-115)

Todos esos rasgos "...constituirán al americano definitivo del futuro" (p.93). Se sostiene, como hemos podido comprobar, la idea de América latina como pueblo joven, en proceso de construcción. Alude también a la importancia de algunas ciudades y pensadores que sentaron las bases para esa conformación pero con el recelo propio de quien ve en el avance de lo urbano un peligro para la espiritualidad deseada y un temor por el predominio del utilitarismo. El mandato para los jóvenes es: "A vuestra generación toca impedirlo [...] no desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios (p.113).

En este punto se vuelve imprescindible hacer referencia a la comparación que establece entre su percepción de lo norteamericano y las necesidades que él vislumbra como indispensables de ser cultivadas en un pueblo joven. Su famosa frase, "...aunque no les amo, les admiro..." (p.88) evidencia nuevamente su pensamiento, para algunos conciliador, para otros contradictorio.

Admira en los norteamericanos la fuerza, la capacidad de progreso, el poder, la perseverancia, el culto al trabajo y a la energía individual para conseguir las metas, pero denuncia el materialismo como objetivo último de su hacer, el culto al utilitarismo, el triunfo de la mesocracia, la falta de una cultura estética "refinada". Se vuelve premonitrice la puesta en evidencia del poder que Norteamérica va imponiendo sobre los pueblos del sur, de allí la necesidad de revisar en qué reside su fuerza, qué "debe" la juventud emular y cuáles son los puntos débiles para no repetir sin adecuar. El mensaje es muy claro también en este aspecto: mirar no sólo al norte, que aparece como lo tentador por la evidencia de un poder avasallador, sino también hundir las raíces en las tradiciones que conformaron la identidad de los "latinos": lo grecolatino y lo cristiano, a las que recupera positivamente. Abreva también en los pensadores europeos (los más citados). Cuando se refiere a la ciencia y a su papel en la educación y en la formación de los jóvenes (que es, según la analogía establecida, también la formación de los pueblos jóvenes de América), no desecha la imitación, siempre y cuando esta sea para perfeccionamiento y establecimiento de superioridad. La armonía por sobre todas las cosas es el eje del mensaje de Próspero a sus discípulos y es lo que garantizará el triunfo de la democracia (según su propia comprensión del término).

Ha pasado más un siglo desde que este discurso fuera pronunciado. ¿Podemos, a partir del mensaje de Próspero, en una operación contrastiva, repensar ambos fines de siglo?

Esto nos lleva a reflexionar sobre algunos "males" del siglo XX que ya se esbozan en el *Ariel*: individualismo, preeminencia de lo material sobre lo humano, de lo científico sobre lo artístico, importancia de la apariencia, del automatismo, falta de vida interior. Podríamos seguir enumerando más, y si lo hacemos despojando el lenguaje del *Ariel* de la retórica del novecientos, la actualidad de los planteos nos sorprende. ¿No se están enunciando, acaso, los rasgos de la cultura "postmoderna" y sus efectos sobre la juventud de este fin de siglo XX? ¿Acaso no les decimos lo mismo hoy a nuestros jóvenes? Sí, la esencia del mensaje de Próspero a la juventud no ha perdido vigencia; solo que su modalidad expresiva ha cambiado rotundamente, al igual que los atributos configuradores de esa juventud. Detengámonos en este enunciado de Próspero. Si recuperamos el sentido de la propuesta, sin reparar en la retórica, podemos afirmar la actualidad y la persistencia de la esencia del mensaje:

Vosotros, los que vais a pasar, como el obrero en marchar a los talleres que le esperan, bajo el pórtico del nuevo siglo ¿reflejaréis quizá sobre el arte que os estudie imágenes más luminosas y triunfales que las que han quedado de nosotros? [...] ¿No nos será lícito, a lo menos, soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo, en las que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente, con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren en los pechos de la decepción y de la duda? ¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual? (p.27)

Hoy, el conflicto cultural entre los valores de tradición y los de modernización sigue entablado. La tensión se ha ampliado, ya no se habla de "cosmopolitismo", sino de "globalización", Estados Unidos se han convertido en la primera potencia mundial y no sólo imponen su modelo económico sino que, paulatinamente, ha penetrado en todas las esferas de la cultura

de Latinoamérica; nuestra lengua se ha contaminado. Los jóvenes de fines de siglo XX (esos jóvenes pertenecientes a la misma elite a quienes dirigía Rodó su mensaje) reconocían consciente o inconscientemente el impacto profundo de la presencia norteamericana en todos los aspectos de su vida. De allí la persistencia del diagnóstico de Rodó, y la confirmación de algunas de sus ideas premonitorias, que es lo sostenido al comienzo de este trabajo. Dice Próspero: "Hoy, ellos [los norteamericanos] aspiran manifiestamente al primado de la cultura universal, a la dirección de las ideas y se consideran a sí mismos forjadores de un tipo de civilización que prevalecerá... (p.102)". Nada más actualizado que este enunciado. Otra afirmación de Próspero también encuentra su realización en la actualidad. Se refiere a los norteamericanos como una:

...poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes y, aun más, quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. (p.78)

Esa tendencia a imitar, que denomina "nordomanía" (p.80) ¿no la vemos acaso reproducida a diario en nuestros jóvenes que calzan, visten, toman, bailan y actúan "a la manera de..." los norteamericanos? La premonición se ha cumplido y tiene, como en aquellas épocas, notas contradictorias, no todas negativas por cierto.

Muchos rasgos enunciados por Próspero en su discurso son los mismos que podemos enumerar en nuestra tan mentada y discutida "postmodernidad": el individualismo, la falta de solidaridad, la indiferencia, la especialización como desventaja del progreso, la intolerancia, la educación utilitaria, el exclusivismo, la falta de correlación entre bien y belleza, la importancia de la apariencia, el automatismo humano...

Por cierto, muchas novedades se han producido e instalado modificando condiciones esenciales de la vida contemporánea. El avance de la tecnología y las comunicaciones entre las más destacadas. Pero, aunque el resultado sea promisorio, los riesgos son muchos y enumerarlos nos llevaría a reiterar lo que enunciamos en el párrafo precedente y que coinciden también con los que algunos estudiosos de la "condición postmoderna" (Lyotard, Jameson, entre otros) han analizado. Sensación de malestar, de crisis y de desmoronamiento de los sueños son lazos que unen sensibilidades que emergen del discurso de Próspero y que no dejan de estar presentes en los que hoy pronunciamos a nuestros jóvenes desde nuestras cátedras. Depositamos nuestra esperanza en ellos, pero ¿qué les dejamos? Les preguntamos, como Próspero: "Vosotros, los que vais a pasar...bajo el pórtico del nuevo siglo ¿reflejaréis quizá sobre el arte que os estudie imágenes más luminosas y triunfales que las que han quedado de nosotros?" (p.27) y confiamos que en su respuesta se ponga de manifiesto la "integridad de la condición humana".■

1. Citado en Zea, Leopoldo. "Rodó y Nuestra América". En: *Rodó*. Montevideo: *Cuadernos de Marcha*, N°1, 1967. pgs. 59-63.
2. Rodó, José Enrique. *Ariel*. Bs. As.: Sopena, 1947. [Todas las citas que se realizan a continuación corresponden a esta edición]
3. Pedro Henríquez Ureña, en su ensayo "La obra de José Enrique Rodó" afirma: "Rodó es el maestro que educa con sus libros, el primero, quizás, que entre nosotros influye con solo la palabra escrita." (En: *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, 1984, pg. 58)
4. Véase un comentario pertinente respecto a esta cuestión en Carlos Real de Azúa, en su "Prólogo" a *Ariel*, Biblioteca Ayacucho. 1976.
5. Por "modalidad deóntica de la predicación", Verdugo entiende: "...deber ser expuesto como imperativo. Expresión extendida universalmente como medio de imposición de nuestras convicciones y pseudoconvicciones". Se sobreentiende la falta de coparticipación del interlocutor en la elaboración del conocimiento. (en: Verdugo, Iber. *Estrategias del discurso*, Cba, Argentina, Edit. Univ. Nac. Cba, 1994. pg. 133).
6. La cantidad de veces que aparecen reiterados estos términos es por demás elocuente: casi todos ellos se reiteran en más de diez oportunidades. Esto produce una pérdida de significación o vaciamiento de sentido pues los términos no se aplican siempre a las mismas situaciones o bien no se los alcanza a definir con precisión. Tienen, además, una fuerte carga valorativa y emotiva, que es propia, por otra parte, de la totalidad del discurso del *Ariel*.
7. Tema del cual ya se ha ocupado la crítica. Véase Penco, Real de Azúa, Castro Morales, entre otros. Cft. Bibliografía.

-
- | | |
|--|---|
| <p>Alonso, Carlos. "Fin de siglo y felicidad". En: Ludmer, Josefina (comp.) <i>Las culturas del fin de siglo en América</i>. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Edit. 1994.</p> <p>Arocena, Felipe y de León, Eduardo. <i>El complejo de Próspero</i>. Montevideo: Vintén Editor, 1993.</p> <p>Casullo, Nicolás. (comp.) <i>El debate modernidad posmodernidad</i>. Bs. As., Ediciones El cielo por asalto, 1993.</p> <p>Castro Morales, María Belén. "Rodó, José Enrique"; "Ariel". En: <i>Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina</i>. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1995. pgs. 4141-4148; 336-346.</p> <p>Crispo Acosta Osvaldo. "Lauzar". <i>Motivos de crítica</i>. Tomo III. Montevideo: Biblioteca Artigas, 1965.</p> <p>Gallinal, Gustavo. "Leyendo el Ariel de Rodó". En: <i>Letras uruguayas</i>. Montevideo: Biblioteca Artigas, 1967. 329-339.</p> <p>Henríquez Ureña, Pedro. "La obra de José Enrique Rodó". En: <i>Conferencias del Ateneo de la Juventud</i>. México: Universidad Autónoma de México, 1984. 57-68.</p> | <p>Ibáñez, Roberto; Zea, Leopoldo y otros. <i>Rodó</i>. Montevideo: <i>Cuadernos de Marcha</i>, N° 1. mayo 1967.</p> <p>Jameson, Fredric. <i>El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado</i>. Barcelona: Paidós, 1991.</p> <p>Lytard, Jean-Francois. <i>La condición postmoderna</i>. Bs. As.: Reis Argentina, 1987.</p> <p>Penco, Wilfredo. <i>José Enrique Rodó</i>. Montevideo: Arca, 1978.</p> <p>Rama, Ángel. <i>Las máscaras democráticas de la modernidad</i>. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1985.</p> <p>-----<i>La ciudad letrada</i>. Montevideo: Arca, 1994.</p> <p>Real de Azúa, Carlos. "Prólogo". En: <i>Ariel y Motivos de Proteo</i>. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1976.</p> <p>Rodó, José Enrique. <i>Ariel</i>. Buenos Aires: Sopena, 1949.</p> <p>Verdugo, Iber H. <i>Estrategias del discurso</i>. Córdoba, Argentina: Universidad Nacional de Córdoba, 1994.</p> |
|--|---|